

TEMAS DEL SIGLO XX

colección dirigida por
JUAN SURIANO

ELISA PASTORIZA

LA CONQUISTA DE LAS VACACIONES

Breve historia del turismo en la Argentina

Pastoriza, Elisa

La conquista de las vacaciones : breve historia
del turismo en la Argentina . - 1a ed. - Buenos
Aires : Edhasa, 2011.

298 p. : 19,5x13,5 cm. - (Temas de la
Argentina)

ISBN 978-987-628-115-7

1. Turismo. I. Título.
CDD 338.479 1

A la memoria de mis padres, Lucy y Carlos

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Imagen de tapa: *Baños de mar en Playa Grande* (c. 1948). Gentileza Aurora Giaccaglia

Diseño de interior: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: marzo de 2011

© Elisa Pastoriza, 2011

© Edhasa, 2011

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.net>

Avda. Diagonal 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-115-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita
de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Cosmos Print S.R.L.

Notas

¹ Alain Corbin, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1993; y Eugen Weber, *Francia, fin de siglo*, Madrid, Debate, 1989 (en especial el capítulo "Curistas y turistas", pp. 231-254).

² Carlos Larrinaga, "Turismo y ordenación urbana en San Sebastián desde mediados del siglo XIX a 1936", en José María Beascochea, Manuel González Portilla y Pedro A. Novo, *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, España, Universidad del País Vasco, 2006.

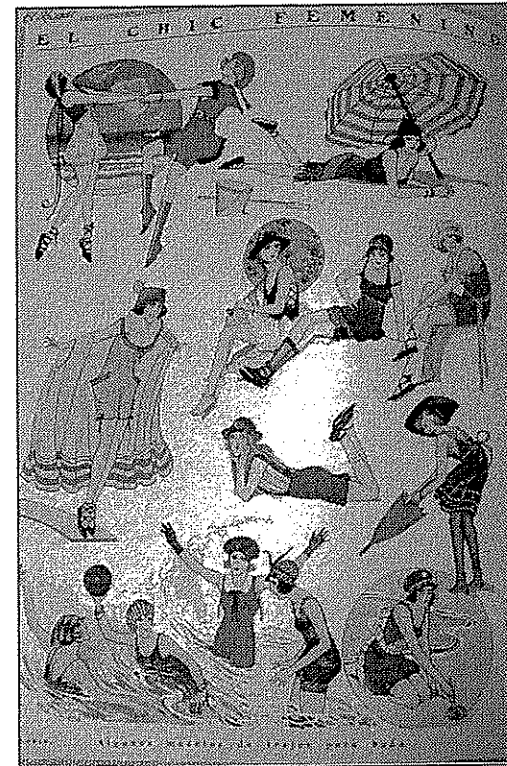
³ John Walton y James Walvin (eds.), *Leisure in Britain, 1788-1939*, Manchester, Manchester University Press, Oxford Road, 1983; John K. Walton, *Blackpool*, Edinburgh, Keele Edinburgh University Press, 1998; *The British Seaside: Holidays and Resorts in the Twentieth Century*, Manchester, Manchester University Press, 2000; Roy Porter, "Les Anglais et les loisirs", en Alain Corbin, *L'Avenement des Loisirs, 1850-1960*, Paris, Aubier, 1995, pp. 21-54; Gareth Stedman Jones, "Cultura y políticas obreras en Londres, 1870-1900: Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera"; *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp.72-86, y pp.175-236.

⁴ Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988; Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y sicogenéticas*, México, FCE, 1993.

⁵ Pascal Ory, *La belle illusion. Culture et politique sous le signe du Front populaire, 1935-1938*, Paris, Plon, 1994, pp. 713-785; George L. Mosse, *La cultura nazi*. Barcelona, Grijalbo, 1973.

⁶ Raúl Jacob, *Modelo batllista ¿variación sobre un viejo tema?*, Montevideo, Proyección, 1988; José P. Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. 1: *La cultura "bárbara" (1800-1860)* y t. 2: *El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo, Banda Oriental, 1990; Nelly Da Cunha, "Gestión municipal y tiempo libre en Montevideo, 1900-1940", en Elisa Pastoriza (ed), *Las puertas al mar*, Buenos Aires, Biblos, 2002; R. Booth, "La autosegregación estival y la construcción de la identidad social: Zapallar y Rocas de Santo Domingo en el proceso de la modernización del ocio en Chile (1892-1950)", en *Trace*, n.º 45, México, CEMCA, 2004, pp. 81-92; Nathalie Raymond, "Prólogo", en *ibíd.*, pp. 7-8.

El turismo en la Argentina finisecular



Vestuarios playeros en la belle époque.
El Hogar, enero 1922

El descubrimiento del mar

No se necesita ser profeta para anunciar que Mar del Plata, con su aire vivicante y sus baños, esta destinado a ser un Sanatorium de la República Argentina. La Nación, 9 de diciembre de 1886.

La costa bonaerense ha sido desde los años setenta del siglo XIX un escenario de encuentro de dos inmensidades: la pampa y el mar. Soledades, monotonía, un lejano horizonte que unía la llanura y el océano conformaban la fisonomía litoral bonaerense desde la bahía de San Borombón hasta el sur de Necochea. En aquel tiempo las riberas atlánticas carecían de caminos, medios de comunicación, vías férreas y tierras fértiles para la agricultura. Solamente la atravesaban una red de postas, mensajerías, carretas y diligencias. Fueron épocas en las que la legislatura provincial debatía la necesidad de fundar pueblos y delimitar partidos tendientes a consolidar los avances de la frontera. Así, hace aproximadamente unos 110 años, se iniciaba un proceso de formación de pueblos que dieron lugar, paulatinamente, a una sucesión de balnearios que implicó una nueva cultura del ocio y el tiempo libre. Lagunas grandes y pequeñas formadas en las continuas franjas dunarias, en su mayoría situadas en los relegados fondos de las estancias, sin caminos ni vías férreas, considerados improductivos (solamente despertaban interés los posibles puertos naturales), constituyeron el teatro donde se escenificó un proceso orientado hacia la recreación y el ocio de intensa significación social en la Argentina.

En efecto, la mayor parte de la costa de la provincia bonaerense se distinguía por la alternancia de vastos complejos dunarios que terminaban en playas llanas en el océano. Al sur de la desembocadura de la laguna de Mar Chiquita, aquel dilatado llano se modifica y aparecen los acantilados de entre 3 y 5 metros que caen sobre el mar, hasta llegar al espacio donde fue localizada la ciudad de Mar del Plata, que se destaca por su diversidad topográfica. Es allí, en el tramo extendido entre las playas La Perla y Punta Mogotes, de varios kilómetros de largo, donde las prolongaciones orientales de las Sierras de Tandil crean ondulaciones y perfilan acantilados costeros intercalados con amplias playas, que dibujan lomas y valles fluviales. El futuro balneario, situado a 400 km de la ciudad de Buenos Aires, ocupó un valle rodeado por tres lomas, entre cuyas bahías surgieron las primeras playas. La belleza de la zona se completaba con las lagunas de agua dulce y los arroyuelos que surcan sus valles y desembocan en el mar. La bahía central constituyó el entorno originario de la primera playa Bristol. Luego de Punta Mogotes y al sur del Faro homónimo, las densas dunas son continuadas —en especial hasta Punta Hermengo— por sublimes acantilados de aproximadamente 30 metros de alto que caen en forma abrupta sobre la playa. Más al sur, la topografía retornará al suave declive de la llanura pampeana.

La playa como paisaje de arena y cantos rodados en contacto con el mar fue tomando un sentido cultural al despertar la idea de un espacio festivo, de recreo, descanso y curación. Este proceso cultural y social, que involucraría en el siglo XX al conjunto de la sociedad argentina, comenzó en los primeros pueblos balnearios del sudeste de la provincia bonaerense (Mar del Plata, Miramar y Necochea, entre los principales). La nueva cultura de la playa y la percepción de las riberas atlánticas como territorios propicios para fundar pueblos balnearios se incorporó en el imaginario social como resultado de la configuración de Mar del

Plata como ciudad turística en las postrimerías del siglo XIX. Fue entonces cuando la playa, en un sentido amplio, se incorpora a la cultura de toda la nación y el turismo pasa, paulatinamente, a formar parte del proyecto modernizador.

Una carta escrita por Pedro Olegario Luro a su amigo Manuel Guerrero, nos permite advertir el sensible impacto que provocaba la primera aproximación a la costa y el océano. La carta en cuestión fue escrita en 1878, en ocasión de un viaje desde la estancia familiar *Los Talas* en Dolores hasta el Puerto de Mar del Plata, en busca de su padre, Pedro Luro. La llegada a la costa, luego de haber recorrido con muchas dificultades 40 leguas a caballo a campo traviesa con sus hermanas y hermanos, está plasmada en estas palabras:

A las 9 de la noche del tercer día atravesamos el arroyo del puerto, que no contaba aún con ninguno de los seis puentes que lo atraviesan en la actualidad, nos deteníamos a un tiempo y sin darnos una palabra de orden ante la magnitud del océano, iluminado en esos momentos por los reflejos de una luna roja, enorme, que lucía todos los contornos de su disco sobre la línea de las aguas. Nunca había visto el mar y le declaro que, a pesar de la relativa tranquilidad de las olas y del murmullo suave provocado por las que se deshacían blandamente en las arenas de la orilla, no he experimentado jamás una emoción más intensa ni me he sentido más pequeño ante la obra de Dios.

En busca del ocio saludable

Los habitantes de las ciudades modernas, durante el siglo XIX, fueron periódicamente amenazados por las enfermedades epidé-

micas, que se extendieron sobre el final del siglo cada vez a más personas. El crecimiento urbano acarreó hacinamiento e incremento de la precariedad en la calidad de vida de sus pobladores, dejándolos más expuestos a los contagios de enfermedades. Si bien las deficitarias condiciones, la subalimentación y la carencia de instalaciones sanitarias adecuadas afectaron especialmente a los pobres, la riqueza no era garantía de inmunidad. De allí que, ante la difusión de enfermedades, las familias que tenían posibilidades de traslado se alejaran de las ciudades temporalmente y se mudaran a barrios distanciados de los más populosos. Las sucesivas epidemias del cólera y de la fiebre amarilla, provocaron el éxodo de las clases altas hacia la zona norte de la ciudad porteña.¹ Y así, el alejamiento del paciente de los núcleos urbanos se instala como una de las terapias ideales. En oposición a la viciada atmósfera de las grandes ciudades, además de las quintas aldeañas y las estancias, también las zonas termales, las serranías de Córdoba y de los sistemas Ventania y Tandilia o los balnearios atlánticos, eran espacios propicios para la cura o la profilaxis. En las mediterráneas sierras cordobesas, la atmósfera presentaba el ambiente óptimo, según se creyó, para la recuperación de pacientes aquejados por la tuberculosis. Y el ferrocarril, al facilitar el desplazamiento de las personas, permitía el acceso a esos aventajados retiros de un clima considerado saludable e incontaminado.

El convencimiento de que las afecciones típicas de la época hallaban un alivio en las termas o los sanos aires serranos constituyó un incentivo para el desarrollo de una incipiente industria del turismo. Otro tanto ocurrió con las aguas marinas, que fueron percibidas como terapéuticas, lo cual si bien no era algo totalmente novedoso, sí lo fue la sistematización tanto de la práctica en sí cuanto del estudio científico sobre las bondades de las aguas, de los aires y de los rayos solares. Además del termalismo, la talasoterapia y la helioterapia se mostraban legitimadas cien-

tíficamente como procedimientos eficaces contra muchas enfermedades de entonces, y el mar y el sol eran posibilidades curativas que empezaban a ponerse de moda.

Este proceso se condensa en la segunda mitad del siglo XIX. Antes de 1870, eran pocas las familias que abandonaban sus residencias en la ciudad durante el verano. El pavoroso recuerdo de la epidemia de cólera de 1867 y el fantasma de la fiebre amarilla hicieron más numeroso el contingente de los que se alejaban a pasar la temporada estival en las quintas de Flores, Belgrano, San Isidro, Adrogué y otros lugares cercanos. También se refugiaban en las estancias. El Tigre, en las aguas del Paraná, fue uno de los centros preferidos, rápidamente engalanado con grandes palacetes y lujosas casas quintas. Para fin de siglo, emergía el Tigre Hotel que pronto contó con ruleta. Sus reuniones elegantes y sus bailes fueron admirados por visitantes extranjeros; Rubén Darío, Clemenceau y el mismo Jules Huret detallaron aquella vida social.

Con la instalación de Mar del Plata en la escena social comienza el eterno contraste y contrapunto entre este centro de verano y los otros escenarios vacacionales que se sumaban. Bulli-cio, emulación y ostentación discrepaban con la tranquilidad y la soledad de las estancias, con el descanso saludable serrano, con la exclusividad cordillerana. Y paulatinamente esa sociabilidad agitada se tornaba en objeto deseable. Relatos de viajeros, testimonios autobiográficos y novelas marcan aquellas discordancias. Resultan elocuentes las impresiones de Jules Huret en su viaje para el Centenario, luego de pasar unos días en una agitada Mar del Plata y en la estancia *Miraflores* de Ezequiel Ramos Mejía:

Se entiende que nadie va a Mar del Plata para disfrutar del mar, para admirar los cambiantes juegos de las olas sobre las rocas, la magia de los crepúsculos o de los claros de luna, porque todo el día, con una sinceridad que

desarma, las gentes vuelven la espalda al océano, y no tienen ojos más que para los paseantes. Se va a Mar del Plata a lucirse, a lucir su fortuna, a divertir a las muchachas, y a armar las primeras intrigas que se resolverán en los noviazgos de invierno. Las familias de las provincias intentan mezclarse con las de la capital y hacerse relaciones; las niñas de "tierra adentro" que anhelan lanzarse, no tienen bastante con un mes para exhibir todo su guardarropa.²

En las páginas de la novela costumbrista *Stella*, su autora (bajo el seudónimo de César Guayen) describe a una Mar del Plata todavía imaginaria, con sociabilidad deseada y de la que solo se tenían vagas referencias. Por su parte, en 1926, Carlos Octavio Bunge en su novela *Los envenenados*, remite al *cafard* que padecen algunos individuos ante la soledad infinita de una pampa desierta en esas vacaciones "obligadas" y solitarias. Así, detalla cómo se las ingeniaban aquellos jóvenes inconformistas, organizando reuniones y reclutando vecinos en varias leguas a la redonda en su intento de emular el *clima* de las tertulias sociales de Buenos Aires, El Tigre o Mar del Plata.

La bella Mar del Plata

Pensar la historia de Mar del Plata permite reflexionar sobre la sociedad argentina: sus posibilidades de ascenso y progreso social, como también sus tensiones y conflictos. Esa pequeña "estación" balnearia finisecular comenzó muy tempranamente a estar en la mira de los argentinos. Y el diminuto grupo pionero empezó a sentirse "invadido" por extraños. ¿Quiénes eran? Primero hacendados regionales, advenedizos de la industria y finanzas, luego profesionales, comerciantes y funcionarios. Más adelante habría

de llegar la hora de los nuevos grupos sociales a quienes la República había concedido significación social y política. Se propusieron imitar a las clases altas y compartir sus diversiones: ya en las postrimerías de los años veinte numerosos testigos observan que los bañistas eran más numerosos, pero menos selectos. Una decena de años y Mar del Plata ha sumado a su rica clientela, otra más modesta... Ante esta democratización esa minoría selecta tiende a huir de la multitud. Por supuesto que esa supuesta masa vulgar no llegaba a ser verdaderamente popular. Pero ya algunos hijos de trabajadores empezaban a saborear una ración del manjar. Con la ayuda de algunas instituciones -de fomento, la Iglesia y luego el propio Estado- se crean las colonias de vacaciones y tibios tanteos en los planes de turismo. Pasará otro decenio para que las vacaciones se conviertan en derecho civil, pero el privilegio excepcional de antaño se iba tornando en una aspiración deseable. En este proceso, en el contexto del pasaje del veraneo aristocrático a otro de masas, nos detendremos, en este primer capítulo, en la etapa en la que se ponen en marcha las primeras instancias del cambio, focalizado en los novedosos rasgos del juego social y la sociabilidad balnearia.

Concebido como puerto para facilitar el movimiento comercial de la producción agropecuaria de un alejado paraje pampeano, la pequeña comarca rural se vio envuelta en un proceso que modificó rápidamente su fisonomía original. Varias décadas antes, en el mediodía del siglo, la zona dominada por la actividad ganadera había sido objeto de una inversión económica con la instalación de un saladero en 1856, gerenciado por un consorcio portugués -cuyo representante local fue Coelho de Meyrelles-, para abastecer con carne salada a la mano de obra de plantaciones brasileñas. Junto al saladero se construyó el primer muelle de hierro y una flotilla de barcos.

Aquella primera experiencia productiva no tuvo el rédito esperado. A pesar de ello, el emprendimiento trajo aparejado un

sensible incremento de los habitantes de la región. Estos negocios, junto a otros asociados a la formación del pueblo, fueron reeditados tiempo después por los considerados fundadores de Mar del Plata, Patricio Peralta Ramos y Pedro Luro. Estos protagonistas, en cierta forma representativos de las vertientes que confluyeron en la formación de la clase alta, una más antigua con raíces en la época colonial, y una segunda más reciente, integrada por inmigrantes arribados al país en la mediodía del siglo, comenzaban su zaga en la historia de la ciudad.

Patricio Peralta Ramos, un descendiente de militares y funcionarios cordobeses coloniales, había acumulado fortuna en actividades comerciales favorecidas en tiempos rosistas. Luego de Caseros en un intento por superar reveses económicos, se traslada al sudeste bonaerense donde compra tierras en el Puerto de Laguna de los Padres a José Coelho de Meyrelles. En sus nuevos dominios se encontraba una estancia ubicada sobre la franja costera llamada Cabo Corrientes, escenario donde más tarde nacería la ciudad de Mar del Plata.

Para fomentar la exportación de los productos, en 1865 reconstruye el pequeño muelle y conforma una flota de unos 20 buques que entraban al puerto natural. En pocos años se comienza a delinear el poblado semirural y, en paralelo a un proceso de evolución jurídico-administrativa, se produce el asentamiento efectivo de pobladores y la conformación del pequeño núcleo urbano, la base del futuro partido de General Pueyrredon. La fundación del pueblo, en 1874, y el progreso de nuevas actividades de la mano de la expansión de la economía agropecuaria (cría de ovejas, siembra de trigo, edificación de molinos y muelles) otorgaron al paraje nuevos bríos que se tradujo en un apreciable crecimiento del poblado, abriendo un proceso de valorización de las tierras destinadas al ejido y de las propiedades rurales más cercanas. Este primer impulso sufrió una renovación con la llegada de Pedro Luro en 1877, que incorpora nuevas in-

versiones de capitales y una tecnología más moderna en las actividades económicas, y trae consigo el aporte de la mano de obra de numerosos inmigrantes vascos.

Pedro Luro, nacido en el País Vasco en territorio francés, llega muy joven, en 1937, a Buenos Aires. Sus cualidades y rápidos logros económicos constituyen un ejemplo paradigmático del *inmigrante exitoso*, que en menos de una generación conquistaba un lugar dentro de la clase alta nacional. Cuando llega a Mar del Plata, ya tenía gran parte de su carrera realizada. Había trabajado en los saladeros de Barracas al sur porteño para luego trasladarse a la región agropecuaria de la cuenca del Salado. En Dolores, al frente de un almacén de Ramos Generales, comienza el derrotero que lo convertiría en terrateniente, con su primera estancia *Los Talas*. La leyenda –muchas semejantes recorren la zona rural– remite a que luego de una extensa labor de forestación, el hacendado que lo había contratado pagó como compensación con 5.000 hectáreas de campo. Con dicho patrimonio incursiona en el comercio de cueros y lanas, producción de ganado y compra de tierras. Al radicarse en Mar del Plata –luego de pasar por la sureña Bahía Blanca y la región del río Colorado, como también habiendo adquirido en 1868 unas 25.000 hectáreas en el entonces Partido de Lobería, donde habilitó varias estancias ganaderas– era un rico empresario. El enclave marítimo además de ofrecer una variedad de posibilidades, representaba la salida al mar para la producción ganadera especializada en la cría del lanar. Al poco tiempo, otro proyecto complementario surge en el horizonte: la generación de un balneario. Posiblemente, conjeturamos, la memoria de los años infantiles en las riberas de la Bahía de Vizcaya, en especial Biarritz y San Sebastián, activó esta nueva jugada.

De esta forma, en los años ochenta, la belleza del paisaje marítimo y las necesidades de salud y recreación de las clases altas transformaron el pequeño pueblo agropecuario en una “estación

de mar". En poco tiempo y cuando ya se encontraban funcionando algunos hoteles en el poblado, se recibe la visita, en enero de 1883, del Dr. Dardo Rocha, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y fundador de la flamante capital bonaerense, la ciudad de La Plata. Este hecho significó un paso muy importante en la constitución del balneario, al concretar, en 1886, la extensión ferroviaria de Maipú a Mar del Plata –decisiones que apresuraron la llegada de nuevos visitantes y el impulso de proyectos para la costa-. Aprovechando el creciente interés, el Ferrocarril del Sud ofrece mejores servicios e incorpora coches dormitorios para el desplazamiento de familias al nuevo destino.

Rápidamente, se consideró de buen tono ir a Mar del Plata y las crónicas sociales prestaron especial atención a sucesos estivales. Algunas familias desertaron del austero Grand Hotel y se mudaron al lujoso Bristol Hotel, edificado a los dos años del arribo ferroviario. La disipación del balneario austero vino de la mano del predominio de la elegancia: se respiraba un nuevo aire, más condicionado por los códigos de etiqueta, el buen trato y la apariencia. La élite veraneante, asentada en el territorio adyacente a la playa Bristol, construye mitos y rituales. Asegura un buen equipamiento privilegiando la materialización de formas acordes con la imagen distinguida que quiere construir. Sus gustos exclusivos se mueven en un campo caracterizado por los encuentros sociales, que contrastan con la vida en familia del residente local. Los veraneantes prefieren la complejidad, el refinamiento y la excentricidad: recorrer las salas de juego, las ramblas, los clubes, mostrarse diferentes cada día, caminar canchas de golf o ser parte de una crónica mundana de algún semanario.

Las terapias corporales fueron velozmente eclipsadas por la moda, el *glamour* y la figuración; los magníficos paseos por la rambla –escenario de improvisados teatros de caminantes y comensales– mostraron un mundo ni puramente público ni entera-

mente privado. Se paseaba por allí, se bajaba a la playa, los veraneantes se exhibían y bailaban en las fiestas y reuniones de los hoteles y los clubes, donde también se jugaba a la ruleta. El propósito era encontrarse con amigos, parientes o conocidos del mismo grupo selecto –que pertenecía a la alta sociedad– en el que se sentían resguardados y protegidos en relación con sus aspiraciones, gustos estéticos y sensaciones. Y comenzaron a llegar en gran número. Algunos inauguraron la práctica de adquirir lotes para construir elegantes mansiones veraniegas, dando gran impulso al negocio inmobiliario. La vida social requería de espacios apropiados de integración a la nueva sociabilidad y durante los meses estivales, el Hotel Bristol y las ramblas se tornaron en los primeros centros sociales de los porteños, poblados de personajes representativos. De esta forma fueron surgiendo algunos centros emblemáticos de fuerte contenido simbólico: las antiguas ramblas, el Hotel Bristol, el Paseo General Paz, el Club Mar del Plata, la Rambla Bristol y las residencias privadas.

Una visión quizás algo crítica publica la Guía Baedeker en 1907:

Las construcciones que componen la ciudad pueden ser clasificadas en dos grupos distintos: el grupo central que pertenece al barrio comercial y el grupo "de la costa" habitados por las personas que van a pasar la temporada. El primero es del tipo antiguo, común a toda la república: casas construidas las unas al lado de las otras; al fondo de cada una de ellas una cocina y pieza de servicio; en las más confortables un corredor facilita las comunicaciones en los días de lluvia. En cuanto al segundo, que es el más moderno, se halla en general al borde del mar y el tipo chalet predomina; pero es verdaderamente lamentable que los planos de estas construcciones hayan sido hechos por los mismos empresarios que los han construido

pues de ello resulta una triste nota arquitectónica uniforme, no solo por la distribución y la decoración, sino principalmente por las malas proporciones que han sido adoptadas.³

Representaciones balnearias: hoteles, ramblas y residencias



Atardeceres en la Rambla Bristol. Album Bonnin, 1913.

Los primeros visitantes que llegaron al balneario ejercieron el hábito de la *contemplación* ante una escenificación desconocida. Todavía el baño de mar no despertaba tanta atracción como el goce del paisaje. Seguramente estas sensaciones se nutrieron de los primeros relatos de difusión del balneario, como los de Paul Groussac, en su libro *Viaje Intelectual*, y los de Manuel Láinez, desde las páginas de *El Diario*. En 1887, Paul Groussac relata aquellas primeras sensaciones generadas por el encuentro con la playa y el mar:

Algunas casillas de bañistas señalan como jalones la línea límite de la pleamar. A uno y otro extremo de la rambla natural, que se ahueca en media luna, se alzan las barrancas de arenisca donde las olas vienen a romper. Aquí mismo no hay marejada y la masa líquida extiende a la vista su superficie tersa como un espejo; pero a las cien brazas de la ribera la ola se hincha lentamente para acudir, formidable, al asalto de los peñascos poliédricos donde se estrella con un ruido sordo y potente, arrojando al aire sus mil jirones de blanca espuma. Hay en este espectáculo siempre igual y siempre nuevo, en esa eterna demencia de las olas destrozadas renacientes, una suerte de fascinación irresistible. Uno pasaría allí las horas muertas, absorto en no sé qué meditación impersonal y extrahumana, mecido el espíritu por los rumores del abismo, aletargada el alma por la influencia de esa vaga e infinita vida elemental.⁴

Las prácticas del baño de mar se irán imponiendo poco a poco en un clima y un océano que no siempre ayudan demasiado. Playas tormentosas, con fuerte oleaje, intimidaban hasta al más avezado. Se procuró llevar un control específico tanto sobre aquellos que se aventuraban a nadar como los que comenzaron a caminar por la orilla y, pocas veces, bañarse en las aguas del mar. Estar en la playa implicaba un complicado rito. Se llegaba y se salía de la playa en traje de calle; si se deseaba "tomar un baño", los bañistas debían calzarse otro traje, casi tan abundante en telas como el primero. Para ese cambio de vestimenta, usaban las llamadas "casillas de baño". Al principio, fueron rodantes, tiradas por caballos. Los osados nadadores las abordaban en la cresta de la barranca y se ponían los bañadores mientras rodaban hasta la orilla del mar. Muy rápidamente, las casillas móviles fueron reemplazadas por otras,

ahora fijas en la arena. Eran construcciones de madera, muy sencillas y simples, que presentaron varias modificaciones al ritmo de las costumbres cada vez más sofisticadas. Las uniones entre sus plataformas delanteras fueron el origen de las *ramblas*. Estaban formadas por un pasadizo de tabloncillos colocados sobre la arena y unidos entre sí por travesaños que permitían el paso de los caminantes. En 1895, un artículo titulado "The Brighthelm of Argentina" en *The Graphic* definía la rambla como "una explanada de madera con negocios y vestuarios para bañistas. Aquí todos los visitantes se congregan en las mañanas y las tardes para caminar, conversar y bañarse. No hay vestuarios móviles (*bathing machine*) sino casetas fijas (*boxes*), desde donde usted debe caminar alguna distancia hasta la orilla del mar". Más adelante, se la denominó "la Florida Marítima", al prolongar las tertulias de la vida social porteña de su más célebre arteria.

En la playa Bristol hubo en forma consecutiva, en un plazo no mayor de 70 años, tres ramblas de madera y dos de mampostería. La primera, la *Primitiva*, desaparece en septiembre de 1890, arrasada por una sudestada, un fuerte temporal que provocó la invasión del mar sobre la playa, no dejando nada en pie. Llegadas estas malas noticias a Buenos Aires, el flamante presidente Carlos Pellegrini rápidamente puso en marcha un operativo tendiente a enmendar los daños ocasionados y construir una nueva rambla para el verano que se aproximaba. Emerge así lo que la memoria registró como la *Rambla Pellegrini*, en el mismo sitio que la anterior pero mejor consolidada con pilotes enterrados en la arena, de aproximadamente de 4 metros de largo, con lo que se pensaba garantizar el resguardo de la fuerza del mar. Las casillas fueron elevadas hasta el nivel de la rambla en la que se colocó una baranda uniéndola con el Boulevard Marítimo por medio de un gran puente que subía de la barranca, a cuyo frente se hallaba la verja de la terraza del Bristol Hotel. En la entrada de dicho puente aparecen

casillas y comercios. *El Diario*, en una nota fechada el 3 de enero del verano siguiente, retrataba aquel mundo de placer:

La construcción de casillas particulares para el baño en la rambla de Mar del Plata ha dado lugar a una verdadera competencia del dinero y el buen gusto, entre algunos asiduos frequentadores de la elegante playa.

Lo que antes era una excepción, hoy es la regla general: la casilla propia, lujosa, con todas las instalaciones de confort y donde sus dueños pueden recibir visitas, atenderlas y obsequiarles, llenan la playa de Mar del Plata.

La vida de esta segunda rambla finaliza en 1905, esta vez por un voraz incendio que destruyó uno a uno los negocios y balnearios, alcanzando a las residencias más cercanas y la sucursal del diario *La Prensa*. La última rambla de madera no obtuvo el nombre de un Presidente de la Nación, sino el del principal empresario del casino. Era el signo de los nuevos tiempos. José Lassalle la reconstruyó en forma más lujosa y cómoda, aun cuando ya estaba rondando la idea de erigir una rambla de mampostería. Las pocas descripciones de la última rambla de madera, sin duda eclipsada por la siguiente, la indican como más suntuosa, nutrida de ostentosos negocios y restaurantes. Lo que es factible advertir en las abundantes fotografías.

Poco antes, y estimulados por la perspectiva de erigir un espacio a la manera de los *resorts* europeos, los hijos de Pedro Luro comenzaron a idear estrategias para facilitar la construcción de un lujoso hotel-casino. En esta línea se asocian, formando una sociedad anónima, Pedro O. Luro y su cuñado Simón Gastón Sansinena con Delfín Gallo, José D. Gibson y Julio Lacroze —a los que unos años después, se sumaron los empresarios Ernesto Tornquist y Miles A. Pasman—. En muy pocos meses estuvo todo listo para la inauguración del Hotel Bristol, realizada el 8 de

enero de 1888. Los Luro no olvidaron ningún detalle para el cuidado de la fiesta inicial: trasladaron una veintena de *chefs* europeos para la confección del menú, acordaron con el Ferrocarril del Sud el envío de un convoy de lujo especial para los visitantes y cursaron cien tarjetas de invitaciones entre los integrantes del círculo social de la capital. La recepción de este primer banquete fue presidida por el vicepresidente de la Nación, Dr. Carlos Pellegrini, que pronunció un discurso de bienvenida ante la presencia de invitados extranjeros, la prensa, y los amigos y parientes de los propietarios del hotel. Para esta ocasión se reunieron: el Teniente General Bartolomé Mitre, representando al diario *La Nación*, Máximo Paz, el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, los Ministros Martín de Álzaga, Manuel B. Gonnet y Francisco Seguí. Algunas de las crónicas también destacan la presencia del entonces zarévich ruso Nicolás Romanov, de paso por el país en una gira por el mundo, en la Armada Imperial.

La fiesta inaugural presentó un significado simbólico. Además de condensar un importante acontecimiento social que marcó la presentación del balneario en la sociedad porteña, constituyó un primer paso en el proceso de adopción de las elites argentinas del nuevo ámbito veraniego marítimo que perduraría en el tiempo, transformándose en el balneario nacional. Se iniciaba así la oferta de un nuevo espacio de encuentro social para la burguesía porteña. En los salones del Hotel, el centro de la atención estaba puesto en el número de trajes que los veraneantes debían cambiar al día, o en la calidad de corchos de champagne que hacía saltar sonoramente un camarero; no faltaban las salas de juegos y las ruletas, tan apreciadas en las estaciones balnearias europeas. Ampliaciones posteriores incorporaron pabellones de lujo y anexos para familias que, con sus cuatro manzanas, asemejaban una ciudad. Así sus propulsores lograron el objetivo de instalar un ambiente determinado por el refinamiento y la distinción que emulaba los emprendimientos euro-

peos como Trouville, Deauville, Ostende y Biarritz, algunas de las referencias de balnearios de estos actores sociales.

El hotel se hallaba rodeado de espléndidas residencias que fueron dando el tono al perfil del lugar. Al principio, éstas siguen el esquema de la quinta de recreo, pero ya a la vuelta del siglo comienzan a ser desplazadas por suntuosas mansiones que realizan, en un exuberante pintoresquismo, las fantasías de elegancia y emulación social de la población veraneante. Las primeras casas y *chateau* fueron la "Villa Margarita" de los hermanos Zamboni que, junto a las de José Luro y José Ocampo, constituyeron escenarios de reuniones de gran brillo. Luego la franja fue sumando los palacios de Manuel Guerrero, Guillermo Aldao, Jacinto Peralta Ramos, Juan Girondo, Tomás Duggan, Enrique Carabassa, Teodolinda Fernández de Alvear, Ireneo Zubiaurre y Pedro Cristorphersen, entre otros. Algunas figuras destacadas de la alta sociedad retoman la obra de los pioneros y mediante gestiones y comisiones de fomento destinan importantes inversiones para la infraestructura del lugar de esparcimiento. El apoyo del gobierno provincial y nacional suma esfuerzos y cobra forma un nuevo escenario urbano mediante el trazado de plazas, paseos, explanadas, pavimentaciones, empedrados y espigones. De este modo, surgen el Boulevard Marítimo, el Paseo General Paz y el Club Mar del Plata (1908). Sin lugar a dudas, la culminación más notable y fastuosa del proyecto de la elite para Mar del Plata se produce en 1913. En el mes de febrero, las antiguas ramblas de madera son suplantadas por el esplendor de la *Rambla Bristol*, de estilo francés que, con sus cuatrocientos metros paralelos al mar, se suma al corazón de la vida veraniega. Con anterioridad, entre 1903 y 1909, el paisajista francés Carlos Thays diseña el Paseo General Paz, que junto a la Plaza Colón escenifica las primeras intervenciones públicas en la bahía Bristol. La obra se enmarcó en trabajos de remodelación de los espacios verdes, que buscaron enfatizar el paisaje, al mismo tiempo que se favo-

rece una arquitectura atenta a las formas adecuadas del entretenimiento, organizando niveles de circulación en diferentes perspectivas visuales que armonizaban con la playa. El bellissimo parque abarcó unas ocho hectáreas de superficie entre jardines, esculturas, balaustradas, un estanque y lago artificial, una isla con espacio para una banda de música, canchas de tenis y la posibilidad de realizar diversos espectáculos. En el año 1926, se incorporaban una pista de patinaje, una confitería y un teatro. El paseo rápidamente fue consagrado como un nuevo ámbito destinado a la sociabilidad estival.

La Comisión Rambla, encargada de su materialización y dependiente del Club Mar del Plata, estaba presidida por Ezequiel Paz, director del diario *La Prensa*, e integrada por personalidades vinculadas al mundo de la política y de la alta sociedad porteña. El presidente del Club, el Senador Adolfo Dávila, preparó el proyecto de ley que se presentó a la Cámara de Diputados provincial en 1909, que confiaba el diseño al arquitecto francés Luis Jamín y a Luis Agote la dirección de las obras.

¿Cómo era la Rambla? Un largo y bajo edificio de mampostería de ladrillos, en tres cuerpos separados por dos escalinatas, con una columna que miraba al mar y una galería con arcada que lo hacía al Paseo General Paz, de la que sobresalían ocho cúpulas. Contaba con tres niveles. El primero se hallaba sobre la arena y estaba destinado a los balnearios; el segundo, superpuesto al anterior, presentaba dos paseos. El abierto era la rambla propiamente dicha. El segundo, cubierto, estaba rodeado de 45 locales, y de él partían las escaleras que conducían a dos salas de cine, el Palace y el Splendid, iniciativa del director de cine mudo y de varios films sobre Mar del Plata, Max Gluckmann, para incorporar a ese mundo la cinematografía, una de las mayores distracciones de la temporada.⁵ Luego, en la galería con arcadas, se abrían otros 52 locales, sobre los que había una planta con viviendas. Entre los negocios que alquilaban los locales se encon-

traban las confiterías La Brasileña y París y el salón del Ocean Club. Una serie de diferentes comercios -Gath y Chaves, Witcomb, Peuser, Maison Carrau, Casa Escasany, las dos joyerías de Julián Galli, entre otros- permitía el acceso a objetos extravagantes y el contacto con gustos refinados. En cuanto al tiempo para la recreación, se resolvía en los espacios de clubes, cines y confiterías, donde las miradas, los gestos y el lenguaje construían el mundo agitado del verano en la villa.

Ritos veraniegos

El viaje turístico

Las dunas y los desiertos representaron terrenos de vivencia de lo moderno que combinaron no solamente operaciones urbanísticas, sino el uso del tren, la vida en el hotel, y la revolución tecnológica que significó la velocidad, la fotografía, el cine y la publicidad. Los lugares balnearios implicaban estas variables así como también escenarios de mayor libertad para las personas, lo que intensificó su atractivo, tornándolos objetos del deseo. Así, en el imaginario social aparece una nueva realidad atemporal que los hombres quieren conocer y experimentar.

La difusión de las estaciones termales y los balnearios europeos estuvieron asociados al despliegue de las vías de comunicación y ya en el mediodía del siglo XIX, al trazado de las líneas férreas. En menos de 20 años el tren reducía notoriamente la duración del viaje entre París y las estaciones balnearias. Si en 1840 llegar a Dieppe llevaba 12 horas, en el II Imperio, mediante el tren, 4 horas eran suficientes. En ese sentido, la apertura de una Estación de ferrocarril deviene en un factor determinante para garantizar el desarrollo de estos emprendimientos, produciendo un cambio en el imaginario y la percepción del viaje.

El confort y la rapidez aparecen como valores en sí mismos. Y de su mano emergen variables típicas de la vida moderna: la velocidad, el viajar cómodamente, las ideas de primera y segunda clase, el vagón-restaurante y los billetes diferenciales.

En los viajes a Mar del Plata, el deseo de confort se anida como parte inherente del viaje. Las personas se preparan, planifican, cuidadosamente equipadas y vestidas. Y el clima festivo vacacional comenzaba con los preparativos del viaje y la despedida en la Estación. Imágenes de gran gentío con numerosas familias de turistas en el andén, con alegría en los rostros, excitación, movimiento, incesante cotorreo de hombres, viejos y jóvenes, niños perdiéndose y buscándose. Peones, cocheros y changadores también iban y venían mientras el tren esperaba. Poco a poco los pasajeros se iban instalando en los compartimentos, mientras que en el andén se formaban los grupos de viaros y amigos y parientes que iban a despedirlos. Finalmente, el tren se pone en marcha y los pasajeros se acomodan. Con las primeras instancias del trayecto, sobreviene un tiempo de tranquilidad y los viajeros observan el paisaje y acuden a la lectura, aunque ya se preparan para el aperitivo y la cena.

Y corre el tren por la llanura, cargado de gente ansiosa de la brisa salina. Marcha entre lagunas, molinos y pastizales, montes de las estancias pasando entre miles de pájaros vuelan en los costados laterales del convoy. Hacia el sur se percibe la visión brumosa de las sierras de Balcarce, a las que siempre se ansía ver aunque nunca lleguen a perfilarse nítidamente. Silba la locomotora, dejando atrás la laguna de Chascomús, el río Salado, Dolores y las Armas. De vez en cuando, a lo lejos, se percibe un chalet o algún casco de estancia perdido entre la arboleda.

Luego de varias horas, entre 8 y 12, se llegaba a Mar del Plata. Generalmente con atraso, el Nocturno debía tocar suelo marplatense a las 7 horas. La locomotora se dirigía hacia una vía muerta

y los pasajeros, a medida que se despertaban y desayunaban, iban lentamente bajando en la Estación Mar del Plata. La empresa del ferrocarril no se preocupaba demasiado por la puntualidad y procuraba evitar a los pasajeros las *molestias* de un despertar apurado. Una vez en el andén eran esperados por empleados de los hoteles que ofrecían el servicio de sus hospedajes. Podía verse una multitud de carruajes, entre los que predominaban los *breaks*. Así, pasajeros y equipajes eran transportados por los coches a caballo hasta la ribera donde estaban localizados los hoteles y las villas a unas 25 cuadras de la Estación ferroviaria. A diferencia de Biarritz, donde el mar esperaba a los pasajeros a las puertas de la estación, en Mar del Plata ese encuentro estaba demorado. El trayecto, en ocasiones incómodo, desanimaba al viajero. Pero esas molestias resultaban pasajeras y eran rápidamente compensadas apenas se divisaba la mole del Hotel Bristol y las aguas de la playa que reflejan el azul cielo. Como forma de solucionar dichos sinsabores, en 1910 el Ferrocarril inaugura la Estación Norte, de modo tal de acercar a los turistas a sus residencias.

Ya en los años veinte, el viaje incluyó a los *nuevos ricos*, *aquellas damas improvisadas* —en palabras de Virginia Paul Guevara— cargadas de joyas y sombreros extravagantes, que anunciaban que eran gente de trabajo, algunos enriquecidos *vendiendo fiambres*, que ya podían disfrutar como otros de las brisas del mar. ¿Quiénes eran estos nuevos actores? Funcionarios, magistrados, comerciantes de todo tipo que para esos tiempos pretendían y podían arribar a Mar del Plata.

El mar y la playa

Los rituales del baño de mar implicaron un capítulo especial en las jornadas veraniegas. En sus orígenes fueron grupales y se tomaban con vestimenta completa. Maridos y amigos ayudaban a

las damas, pero de ningún modo "se hacía sociedad" en traje de baño. En 1888, la Municipalidad sancionó un Reglamento de Baños que establecía además de la prohibición del desnudo, que los cuerpos debían estar completamente cubiertos desde el cuello hasta las rodillas y los varones separados de las mujeres, por no menos de 30 metros de distancia entre unos y otros. También se prohibía el uso en las horas de baño de anteojos de teatro u otro elemento larga vista, así como situarse en la orilla cuando se bañaban las mujeres, igualmente era vedado *el uso de palabras deshonestas o contrarias al decoro*.

Según Julio César Gascón (1946), esta ordenanza fue motivada por un gran escándalo ocurrido en la playa Bristol cuando un mediodía, en momentos en que la vieja confitería Bristol en la rambla se hallaba a pleno, se presentaron dos "jovencitas enfundadas en trajes de baño impúdicos", dejando los brazos y la mitad de las piernas descubiertas, además de un pronunciado escote. El hecho provocó el rápido éxodo de la playa que en pocos minutos quedó vacía, despertando fuertes críticas. Más allá de estas anécdotas, lo cierto es que la vida playera transitaba en una permanente tensión entre lo prohibido, lo permitido y las modalidades para evadir las reglas estrictas. Y, como juzgaba Eduardo Wilde, en esto sí se diferenciaba de Europa, al predominar un tono severo y un obsesivo temor a la crítica que paralizaba hasta la más mínima tentativa de franca familiaridad.

En general, los argentinos no sabían nadar y preferían quedarse a una distancia prudente de la *onda*, como apelaban a la ola. Y eran los extranjeros quienes más se atrevían con el bravío océano, en especial los ingleses, que promovieron tanto las prácticas acuáticas como el juego de golf en 1890. Aquel lúdico mundo playero se desarrollaba a lo largo del margen superior de la playa, donde varios taburetes y sombrillas plegables protegían a padres y niñeras mientras los niños, con sombreros de paja y de tela, jugaban en la arena junto al mar, tratando de hacer cas-

tillos. Si faltaban movimientos y sonidos, estaban los que emitían los vendedores ambulantes anunciando sus productos.

En el borde del mar se hallaban *los bañeros*, aquellos inmigrantes italianos o vascos individualizados con el bañador negro, que ayudaban a los debutantes, en especial a las damas y niños a sortear los avatares del oleaje. Se habían colocado unas cuerdas para que los bañistas, tomadas de ellas, se internaran de a poco entre el vaivén del oleaje. A veces alguno de esos bañeros colocaba a su cliente de espaldas a la ola que comenzaba a acercarse y lo sostenía de las manos cuando la creciente onda verde fría y espumosa irrumpía, ayudando a saltar y levantar los pies para evitar el golpe y las caídas. Otras veces ayudaban a los bañistas a flotar, a "hacer la plancha", zambullirse y dejarse mecer por el oleaje en continuo movimiento. Para algunos eran las primeras brazadas en el aprendizaje en natación, que se completaría en las más seguras y tranquilas aguas de las piletas cercanas a la playa. Tras varias de estas volteretas, el bañero conducía a la jadeante y húmeda persona que estaba bajo su responsabilidad, hacia la parte plana de la orilla, donde se enfundaban con enormes *robes* de toalla. De allí se dirigían a las casillas donde se quitaban las empapadas ropas o trajes de baños.

Algunas notas sobre la sociabilidad estival

Durante el verano de 1886, la flamante Estación Mar del Plata del Ferrocarril del Sud iniciaba la que sería luego consagrada como la "primera temporada". Un pequeño grupo de familias arribó al paraje y, una vez hospedados en el Grand Hotel, comenzaron los hábitos y costumbres balnearias. Testimonios de época destacan la sencillez de las costumbres, la camaradería, los juegos compartidos, la indiferencia entre sexos para el baño y las vestimentas austeras. En un bello entorno casi vacío, un

campo abierto levemente ondulado que terminaba en el océano, los visitantes se entretenían organizando excursiones, remontando barriletes, caminando por la ribera marina y contemplando el hermoso paisaje. En forma veloz, aquel clima sencillo queda atrás y emerge un entramado de códigos y reglas sociales estrictas. En ese sentido, el balneario deviene en un privilegiado escenario en el que se constituyen lugares, instituciones e individuos en torno a los cuales se generan placeres y gustos estéticos mediante un fluido y cuidado intercambio social. Primero lo fueron los salones de los hoteles y residencias privadas y la playa. En poco tiempo se sumaron nuevos centros sociales, en especial la Rambla Bristol, el Club Mar del Plata, el Ocean Club y, más adelante, el Club Pueyrredon. En el centenario de la revolución de Mayo, una nota aparecida en el *Álbum Argentino*, era categórica cuando subrayaba: "Ningún balneario del mundo puede ofrecer como Mar del Plata una sociabilidad tan exquisita".

También pasaron figuras, hombres y mujeres, alrededor de las cuales se intensificaba esa sociabilidad. Se trataba de generar un estilo de vida aristocrático, lo que, en palabras de Ezequiel Gallo, en las antípodas de los casos europeos, aquí debió ser construida.⁶ ¿Quiénes oficiaron de artífices? Individuos, asociaciones, clubes, paseos y un ámbito de veraneo. Alberto del Solar privilegiaba a Mar del Plata por la higiene, la cultura, los excelentes establecimientos de baño, pero, fundamentalmente, por ser un centro de reunión social, un escenario donde el trato, las costumbres sensibles y los códigos de comportamiento resultaban ser la mejor escuela de formación social. En esta perspectiva, los carnavales, homenajes a amigos, a políticos, cumpleaños, aniversarios, inauguraciones de residencias, presentaciones en sociedad de los miembros jóvenes de las familias, etc., todos eran buenos motivos para estimular y llevar a cabo fiestas y eventos. Encuentros realizados indistintamente en las casas, salones de

hoteles, pasarelas y clubes. Todos ellos, privilegiados ámbitos en los que se podía experimentar esa sociabilidad.

Cada temporada tenía una fiesta que distinguía el escenario social. Y cada fiesta, un baile. El más famoso y apreciado era el *cotillón*. En el mundo social finisecular representaba una danza-juego que gozaba de un gran prestigio y el momento culminante de las veladas, pleno de encanto y diversión. En efecto, al ritmo de vals o polcas, una cincuentena de parejas se reunían en círculo alrededor del "*meneur* (conductor o conductora) del cotillón", que seleccionaba figuras o inventaba nuevas, conformaba y elegía las parejas participantes y distribuía coloridos accesorios. Numerosas fotografías, novelas y ensayos literarios y autobiografías dejaron rastros de aquellos cotillones. Uno de ellos es la novela *Marimar*, en la que Isaac R. Pearson describe largamente los ritos, códigos, etiquetas y esplendores de esas fiestas y bailes.

Vestuarios marinos

En sus habituales notas tituladas *Crónica de la moda*, la revista *El Hogar* no se cansaba de ensalzar a Mar del Plata como el más elegante escenario, donde se lucían las últimas modas estivales y se anticipaban las invernales. Los códigos de etiqueta predominaban en todos los espacios, casinos, teatros, las reuniones de noche, los paseos y la playa. Quedaban muy distantes las épocas en que las mujeres elegían para los viajes trajes ajados o fuera de uso, imponiéndose las *toilettes* muy cuidadas con guardarropas variados. Había indumentarias indispensables que no se podían olvidar, un tejido impermeable para protegerse de la lluvia y el viento, así como los infaltables accesorios: *foulards*, cuellos volcados, cinturones para ceñir el talle y cubrir las camisetas (de elástico, cinta o gamuza flexible). En las cabezas el *canotier* inglés drapeado por un velo de chantilly blan-

co o los envolventes velos de gasa, reemplazados a los pocos años por los amplios *Panamá*. Y por las tardes, para las *garden-parties*, las reuniones en las terrazas de los hoteles, los picnics o reuniones en los casinos, se sugerían los trajes de linón, muselinas o batistas.

Las noches estaban dominadas por las puntillas y los encajes: abundaban los trajes princesa con terminaciones en puntilla valenciana. Resultaron también muy notorios los cambios en los trajes de baños. Las mujeres lo usaban de jerga azul marino con largos faldones cubriendo un calzón abuchonado sobre las rodillas. Los cabellos se protegían con una gorra impermeable y botitas especiales calzaban los pies en el agua, accesorios completados por una gran capa de baño de sarga azul oscuro adornada con un ancho galón blanco. Con los años, la rigidez y las normas severas se atenúan y con los dictados europeos, desde fines de la segunda década, se palpan cambios en los trajes de baños femeninos. Primero son suprimidas las mangas y luego el grueso género de sarga o lana fue suplantado por el liviano jersey. Comenzaba la era del *maillot* y del *color negro*, aún totalmente ausente en el resto de los trajes. Las mujeres se desplazaban en las playas así vestidas, con actitudes que nada tenían que envidiar a las imágenes de las osadas bañistas norteamericanas de Miami Beach, Atlantic City, la ribera francesa o de las playas del Lido en Venecia. Luego de zambullirse y correr entre las olas, se quedaban jugando en la arena, secándose al sol. Gestos impensables apenas pocos años antes. Sin embargo, a pesar de las constantes quejas del "desnudo de las playas", los escotes de los trajes de baño eran más recatados que los de los vestidos del *dancing* que llegaban, en forma de triángulos, hasta la cintura. A menudo las crónicas ironizaban que el desnudo era más visualizado en las fiestas y los salones que en las playas. También llegaba a nuestras costas una moda que iba a caracterizar el estilo de vida playero, revolucionando la imagen corpo-

ral y su vinculación con la naturaleza durante todo el siglo XX: el tostado. Se comenzaba a insinuar la costumbre, sobre todo femenina, de "tomar sol" modificando el gusto sobre el color de la piel. Hasta entonces, las personas se habían protegido de los rayos solares y hasta usado cremas blanqueadoras. De una extendida heliofobia, la sociedad pasó a ser capturada por el gusto por los cuerpos tostados.

Pocos años después, el balneario fue la vidriera de otra innovación en las vestimentas. Un cronista de *El Hogar* en los calurosos días de enero de 1927, luego de una recorrida por la Rambla, observa la consagración de una prenda introducida desde Europa y definitivamente impuesta, el *suéter*. En los livianos jersey, hilo o seda natural, muy ligero y adherente y en colores fuertes, fue para siempre adoptado, en diferentes versiones, en las ropas femeninas y masculinas.

El entretenimiento y los juegos de azar

Se ha señalado que desde la hora cero el balneario fue pensado como un espacio que incluyó entre sus diversiones el juego y los deportes. De hecho, el casino de Mar del Plata fue el primero en el país. En 1889 el vasco Fermín Iza instaló el primer salón de juego de ruleta en una casilla de madera en la rambla. En paralelo a esa experiencia inicial, los empresarios Juan y José Lassalle asociados con Juan Etcheverría y Fermín Belloqui, abrieron el primer Casino en el Bristol Hotel. Según Enrique Alió, provenían de una familia originaria de Olorón y habían integrado la sociedad del "Gran Casino de San Sebastián", cuando entraron en relación con José Luro, de visita por aquella ciudad, quien los instó a trasladarse a la Argentina. De hecho, controlaron las actividades del juego, con la incorporación más adelante de salones del Club Mar del Plata y el Club Pueyrredon, que funciona-

ron hasta finales de los años veinte. Así las cosas, los miembros de la elite concurrían al balneario con la expectativa de jugar pequeñas fortunas en salones cerrados al público local, amueblados con las mejores mesas y atendidos por *crupieres* franceses o españoles, en los que reinaba un ambiente mundano y relajado. La rueda de la ruleta y las cartas del bacará suceden como experiencias análogas a las de la playa, por las que fluye el placer y la angustia, el golpe de fortuna o la ruina.

Durante aquellos tiempos, el casino estaba cuidadosamente administrado por personal extranjero, y tanto *croupiers*, como jugadores y acompañantes concurrían de rigurosa etiqueta en cualquier momento del día. Desde siempre se dividieron las aguas en torno a su existencia, enfrentando a acérrimos cultores de un entretenimiento propio de las vacaciones y censuradores que recurrían a argumentos morales. Jaime de Guzmán y Clara-fuente, en su libro *Mar del Plata, veneno de Buenos Aires* (1923), era rotundo en calificarlo -junto al baile- como un vicio y un peligro social. Al discurso condenatorio religioso se le sumó el del gobierno municipal socialista. Intervenciones gubernamentales con clausuras imprevistas incitaban a movimientos y arduos debates entre los visitantes. En su defensa no solamente soportaban los pródigos beneficios económicos sino también otras funciones conexas: lugar de encuentros y bailes, exposición de las modas, la promoción de los empresarios de otras actividades como certámenes deportivos (carreras de caballos, golf, tiro de la paloma, tenis, etc.).

La ruleta y el casino fueron compartidos por otras formas de ejercicio del juego para apostar, socializar y divertirse. A fines del siglo, las carreras de caballos, el ciclismo y el juego de Golf se incorporaron a las diversiones de los visitantes, también la matanza de palomas, efectuada en el Tiro de la Paloma, cuya competencia comenzaba con un remate de tiradores a la manera de las carreras de caballos, por el que quedaban selecciona-

dos unos treinta concursantes. Con la señal de arranque, se alineaban en semicírculo cinco jaulas de palomas colocadas a unos veinte pasos del tirador y una a una las jaulas quedaban desarmadas liberando las aves que, al emprender vuelo, recibían la descarga de los perdigones. Estas escenas se repetían muchas veces y cada tirador se esmeraba en demostrar destreza, elegancia y precisión al apuntar y, de esa forma, lograba la adhesión del público, que lo aplaudía. El dinero apostado era un ingrediente indispensable que estimulaba el entusiasmo. Los certámenes, cuidadosamente organizados, recogían elogios en las crónicas, que enfatizaban un nivel acorde a los de Ostende, Dieppe, Biarritz o Montecarlo.

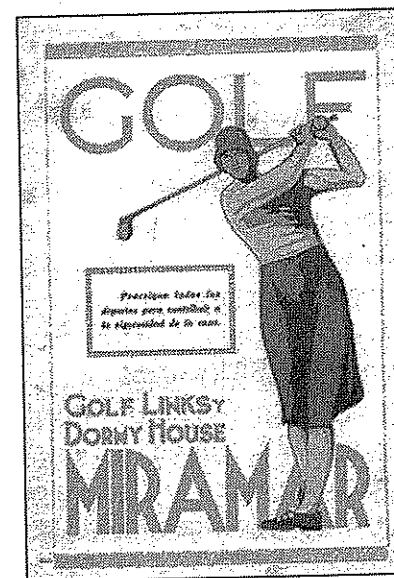
Un deporte estrella en la Villa Balnearia fue la práctica del golf. Introducida muy tempranamente por iniciativa de directivos del Ferrocarril del Sud y la colonia veraniega británica, sus primeras instalaciones datan desde 1890. Los campos marplatenses ofrecían la posibilidad casi única de jugar frente al mar en un quebrado y ondulado paisaje salpicado con arboledas, que fueron aprovechados en su diseño para presentar *fairways* inclinados sobre las laderas del terreno. Ubicada en los terrenos adyacentes a Playa Grande, lindando con la zona del puerto, la cancha primero tuvo 9 hoyos, duplicados para 1915. Desde su magnífico Club House, inaugurado en 1926, se aprecia todo el esplendor de un panorama de gran belleza en donde el verde de la cancha armoniza con el azul marino. La colectividad veraneante se dividió entre los más *sports* y cultores del golf y el *turf* y los que se concentraban en el Club Mar del Plata o el Ocean Club en reuniones esencialmente sociales. El Golf Club también resultó un ineludible ámbito de encuentro de las élites veraneantes y de recepción de los visitantes extranjeros.

Notas

- ¹ Diego Armus, *La ciudad impura*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
² Jules Huret, *La Argentina. Del Plata a la Cordillera de los Andes*, París, Fasquelle, 1911.
³ Alberto Martínez, *Manual del Voyageur*, París, Baedeker, 1907.
⁴ Paul Groussac, "Mar del Plata en 1887", en *El Viaje intelectual*, Segunda Serie, Buenos Aires, Simurg, 2005, p.166.
⁵ *Mar del Plata, reunión hípica en el hipódromo* (1908); *MdP, inauguración Capilla Stella Maris* (1912); *MdP, Niños realizan demostraciones gimnásticas* (1913); *MdP, Golf Club* (1914) y *Semana en MDP. Torneo de golf* (1917).
⁶ Ezequiel Gallo, *Carlos Pellegrini*, Buenos Aires, FCE, Colección Los nombres del poder, 1997, p. 19.

Pueblos pampeanos miran al mar: Necochea, Miramar, Mar del Sud, Ostende

La primera experiencia balnearia de Mar del Plata desencadenó un fecundo proceso de aproximación de la sociedad argentina a las prácticas balnearias. Con su consolidación queda abierta una cultura del ocio que no solamente perduró en el tiempo sino que también, por imitación o por rechazo, se extendió a otros lugares de la costa. Dicho proceso estuvo marcado por la configuración de nuevos centros turísticos. Algunos intentaron reproducir el fenómeno marplatense y otros ensayaron nuevos. Ninguno alcanzará la dimensión urbana y social de Mar del Plata.



Deportes y Turismo en Miramar.
Balnearios Argentinos. Termas
y Serranías. Buenos Aires, 1931-1932.